

**ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS**

Instituto de Política Internacional

**LOS CONFLICTOS EN EL MEDIO ORIENTE
Y SU REPERCUSIÓN MUNDIAL**

Carlos Ortiz de Rozas



**BUENOS AIRES
2007**

**LOS CONFLICTOS EN EL MEDIO ORIENTE
Y SU REPERCUSIÓN MUNDIAL**

Carlos Ortiz de Rozas

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Fotografía de portada de Marcos Chamudes

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal
© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas
Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049
(1014) Buenos Aires - República Argentina
ancmyp@ancmyp.org.ar
www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Leograf
Rucci 408 - Valentín Alsina - Prov. de Bs. As. en el mes de noviembre de 2007.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2007 / 2008**

Presidente Académico GREGORIO BADENI
Vicepresidente Académico ISIDORO J. RUIZ MORENO
Secretario Académico HUGO O. M. OBIGLIO
Tesorero Académico JORGE EMILIO GALLARDO
Prosecretario Académico FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Protesorero Académico HORACIO SANGUINETTI

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA ..03-08-76		Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE.....21-11-79		Rodolfo Rivarola
Dr. Pedro J. FRÍAS	10-12-80	Estanislao Zeballos
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO.....	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI.....	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos María BIDEGAIN.....	25-06-86	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Carlos A. FLORIA.....	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN.....	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA ..	22-04-87	Nicolás Avellaneda

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Gerardo ANCAROLA	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI.....	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Félix LUNA	23-04-97	Roque Sáenz Peña
Dr. Víctor MASSUH	23-04-97	Domingo F. Sarmiento
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU.....	28-04-99	José de San Martín
Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA.....	10-11-99	Dalmacio Vélez Sársfield
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Carlos Manuel MUÑIZ	24-09-03	Nicolás Matienzo
Dr. Miguel M. PADILLA	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Estaban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA.....	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA.....	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO.....	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes

LOS CONFLICTOS EN EL MEDIO ORIENTE Y SU REPERCUSIÓN MUNDIAL

Por el académico EMBAJADOR CARLOS ORTIZ DE ROZAS

Hasta las postrimerías de la IIa. Guerra Mundial se daba como un hecho indiscutido que los Balcanes eran el “polvorín del mundo”. Esa triste reputación la tiene hoy el Medio Oriente que, geográficamente hablando, abarca: Afganistán, Arabia Saudita, Egipto, Irán, Irak, Israel, los territorios autónomos palestinos de la franja de Gaza y Cisjordania, Jordania, Kuwait, Líbano, Siria, Turquía, Pakistán, Yemen y los estados situados en la península arábiga, es decir, Bahrein, Omán, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos.

Todos esos países, desde 1945 en adelante se han visto involucrados, directa o indirectamente, en serios enfrentamientos en los que también participaron y participan otras potencias ajenas a la región. La repercusión mundial de lo que allí ha ocurrido últimamente es lo que me voy a esmerar en exponer contando con la paciencia y benevolencia de este auditorio. La tarea no es nada fácil.

El Medio Oriente es un verdadero rompecabezas. Una caldera, donde se dirimen toda clase de conflictos, desde religiosos entre mu-

sulmanes sunitas y shiítas; étnicos, entre árabes, persas, turcos, kurdos y afganos; hasta intracomunitarios, por razones de posición social, educación o poder económico. Nada es simple. Por su complejidad, casi todo escapa a una explicación racional. Al menos para el entendimiento de una sociedad occidental.

Empezaré a desbrozar este rollo, como dicen tan expresivamente los españoles, tratando primero el factor religioso. Las discrepancias entre las dos principales ramas del Islam datan del siglo VII^o cuando, después de la muerte de Mahoma, sus creyentes se dividieron entre sunnitas y shiítas por la sucesión del profeta como asimismo por interpretaciones opuestas del Corán. No viene al caso describir los argumentos y principios que sostuvieron entonces y mantienen hasta ahora. A los fines de esta disertación baste decir que en la actualidad el 88% de los aproximadamente 1.200 millones de musulmanes de todo el mundo son sunnitas y que el 12% restante son shiítas, que solamente constituyen mayoría en Irán, Irak y Bahrein.

El amplio predominio sunnita, sin embargo, comenzó a verse amenazado a partir de 1979 con la revolución de los ayatolas en Irán, que, contando con amplios recursos provenientes de la explotación del petróleo, empezaron a difundir intensamente el credo shiíta y a reclutar militantes hasta en los bastiones sunnitas, como Arabia Saudita, Jordania y Pakistán. Lo cierto es que, tal como están las cosas, las dos ramas del Islam compiten y van a seguir compitiendo para asumir el poder, tanto en cuestiones del dogma como en la política.

Todos los métodos empleados son válidos aunque muchos de ellos sean repugnantes para la conciencia civilizada. Así, el terrorismo se ha convertido en el arma favorita para eliminar enemigos o amedrentar a poblaciones que asisten atónitas a un escenario de muerte y destrucción. Nada se respeta. Todos son blancos de un odio irracional. Shiítas hacen volar en el aire mezquitas en las que los sunnitas practican su culto y viceversa. Coches bombas se hacen detonar a distancia o fanáticos cargados de explosivos se inmolan en mercados o en los medios de transporte público. Así caen miles de

hombres, mujeres y niños indefensos y, por supuesto, los soldados norteamericanos que son un blanco favorito tanto de sunnitas como de shiítas. Hace poco, un sólo atentado contra una comunidad kurda, en el norte de Irak, provocó la misma cantidad de muertos que el trágico terremoto en el Perú.

Las luchas de religión no son nada nuevo. Durante siglos ensangrentaron a Europa y otras partes del mundo. Lo que asusta en estos días es que debido a los medios de comunicación modernos nos habituamos a ver escenas de increíble crudeza en el seno de nuestros hogares.

No solo en el Medio Oriente se manifiesta el terrorismo ni tampoco es patrimonio exclusivo de los musulmanes. Hay que acostumbrarse a la idea de que es un fenómeno global. Por supuesto, el atentado de Al Qaeda a las Torres Gemelas en Nueva York y el Pentágono figura entre los más nefastos por las 5129 víctimas que causó entre muertos y heridos. Pero asimismo en 23 países de todas las latitudes se han consumado agresiones por bandas o individuos que responden a diversas ideologías o motivaciones.

Los argentinos tuvimos el infausto privilegio de estar a la vanguardia en esa materia por lo acontecido aquí en la década del 70 y por los criminales atentados contra la Embajada de Israel y la AMIA, perpetrados por el Hezbolá y por agentes iraníes, que no encontraron nada mejor que expresar su inquina contra el estado judío abatiendo cobardemente a 114 personas que nada tenían que ver con la guerra en que ellos están empeñados a miles de kilómetros de Buenos Aires. Para peor, hasta el día de hoy los autores siguen sin recibir el condigno castigo.

Si hemos de analizar los sucesos del Medio Oriente creo que prioritariamente debemos concentrar la atención en Irak, que constituye el centro neurálgico desde donde emanan casi todos los problemas más serios del presente. Tal vez recordarán ustedes los sucesos que se desarrollaron en ese país desde 1990. No está demás, sin embargo, pasar una rápida revista.

El presidente Sadam Hussein, que había sostenido una larga e infructuosa guerra contra Irán, decidió ese año invadir y ocupar Kuwait, su vecino árabe, anexándolo como una provincia más. El propósito no declarado era, qué duda cabe, aprovechar su ubicación estratégica sobre el Golfo Pérsico y su gran riqueza petrolífera.

La reacción internacional no se hizo esperar. Hubo una condena generalizada que se materializó en una serie de resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que, actuando con inteligente cautela, fue escalando sus demandas para dar lugar a que, por medio de negociaciones, Irak retirara sus fuerzas. Cuando fue evidente que Sadam no cedería, el Consejo autorizó el uso de la fuerza para expulsar al invasor. Bajo el liderazgo de Estados Unidos, presidido entonces por George Bush (padre), se formó una coalición integrada por 28 países, entre ellos la Argentina, que el 17 de enero de 1991 inició el ataque destinado a restablecer la soberanía y las autarquías de Kuwait.

Las operaciones se realizaron con gran efectividad. En pocos días, las unidades de elite de la guardia republicana huían derrotadas hacia Bagdad, abandonando armamento y pertrechos. La coalición al servicio de las Naciones Unidas había cumplido su misión.

Luego de ese triunfo fulminante muchas voces se hicieron oír criticando que no se hubiese aprovechado la coyuntura para continuar la ofensiva hasta la capital para derrocar al dictador Sadam Hussein, único responsable de la contienda.

Tiempo después, siendo embajador en Washington, tuve oportunidad de preguntarle al General Colin Powell, que había sido el comandante de las fuerzas de la coalición, por qué motivos no prosiguieron su avance para concluir con lo que podría convertirse en una nueva amenaza en el futuro. Este brillante estratega me dio una contundente explicación desde el punto de vista militar. Para ocupar un país enemigo de 25 millones de habitantes, de idioma y costumbres diferentes –dijo– se precisan muchos más efectivos de los que disponía la coalición. Pero mucho más importante todavía, ocupar signifi-

ca mantener el orden, lo que puede conducir a abrir el fuego contra civiles, alternativa que repugnaba a las unidades de combate. Además, había que gerenciar en un medio totalmente extraño, lo que requiere personal especialmente capacitado.

Por su lado, en un libro titulado “A world transformed” (Un mundo transformado), que publicó siete años después de la Guerra del Golfo, Bush expuso las razones políticas por las cuales en ningún momento contempló ir más allá del mandato conferido por las Naciones Unidas. Me voy a permitir leerles algunos párrafos traducidos del inglés que lo dicen todo respecto de esa contienda y que son de extraordinaria utilidad para comparar esas políticas con las que se están aplicando en la actualidad.

Dice: *“Si hubiésemos perseguido y destruido a las fuerzas irakíes en fuga para disminuir la amenaza militar de Sadam en la región, ello nos hubiera valido críticas demoledoras por aniquilar tropas vencidas cuando ya habíamos terminado con éxito nuestro cometido. Realmente lamentamos que la derrota no hubiese significado la caída de Sadam, como muchos aliados árabes habían pronosticado y nosotros mismos deseábamos. Las revueltas de los chiítas en el sur y de los kurdos en el norte no se extendieron a los sunnitas en Irak central, que permanecieron fieles a Sadam. El hecho es que si bien esperábamos que una revuelta popular o un golpe de estado hubiesen derribado a Sadam, **ni los Estados Unidos ni los países de la región querían ver la destrucción del estado iraquí. Nos preocupaba el equilibrio del poder a largo plazo en el Golfo. La fractura del estado iraquí hubiese planteado enorme problemas externos e internos de desestabilización”**.*

Y más adelante agrega: *“Tratar de eliminar a Sadam extendiendo la guerra terrestre para ocupar Irak no solo hubiese violado el mandato que nos fue confiado por la ONU sino que hubiese significado incurrir en incalculable costos políticos y humanos. Para tratar de apresarlo nos hubiéramos visto obligados a ocupar Bagdad. En rigor, gobernar Irak. Entonces la coalición se hubiera desploma-*

do y el mundo árabe se hubiera volcado en contra nuestro, convirtiéndolo a un tirano quebrantado en un héroe.

Algo más. *“Entrar y ocupar Irak unilateralmente, habría destruido el precedente que queríamos establecer de una respuesta internacional a la agresión. **Habríamos condenado a jóvenes soldados a luchar en una guerra de guerrillas urbanas que no hubiéramos podido ganar. Los Estados Unidos serían todavía hoy una potencia ocupante en un país dramáticamente hostil**”.*

George Herbert Walker Bush, que ese es el nombre completo del 41° presidente de los Estados Unidos, se comportó como un verdadero estadista y por ello alcanzó la cifra nunca superada de 90% de opiniones favorables después de la Guerra del Golfo.

Lamentablemente no siempre los hijos aprenden de las enseñanzas de los padres. Porque George W. Bush, al asumir el poder ocho años más tarde, hizo exactamente lo contrario de su progenitor. Fuertemente golpeado e impresionado por el atentado contra las Torres Gemelas prometió perseguir sin descanso a los terroristas hasta el último de sus refugios. Ese anuncio, bueno es reconocerlo, contó con el respaldo de toda la nación.

Era sabido que el principal campo de entrenamiento de los guerrilleros de Al Qaeda se encontraba en Afganistán. Así pues, buscó y obtuvo el apoyo de la comunidad internacional para atacar a los talibanes y a los secuaces de Osama ben Laden en ese país. Tuvo bastante éxito inicial aun cuando nunca pudo localizar la guarida del jefe de la banda.

Después de instalar un gobierno favorable en Kabul y mantener con los aliados europeos la ocupación de Afganistán, Bush acometió contra Irak. Acusó al régimen de Sadam Hussein de poseer armas nucleares y otras armas de destrucción en masa y de representar una real amenaza para la humanidad. En esa línea de pensamiento trató de ganar apoyos para lo que descartaba sería una inevitable intervención armada. Previamente quiso contar con la aprobación del

Consejo de Seguridad que, sin embargo, prefirió extremar al máximo los recaudos antes de recurrir a la fuerza.

En su resolución 1441, del 8 de noviembre de 2002, el Consejo intimó a Bagdad para que dentro de los 30 días siguientes presentase una información completa de su posesión de armas nucleares, químicas, biológicas, misilísticas, y permitiese que inspectores internacionales verificasen la existencia o no de dichas armas. Por último le advierte que, de continuar infringiendo sus obligaciones, se expondrá a graves consecuencias.

Aun cuando Sadam acató la resolución, Washington acusó a Irak de no cooperar plenamente con los inspectores destacados por la ONU y también, “peccata sacrata”, de complicidad con Al Qaeda. A renglón seguido, Estados Unidos volvió a solicitar al Consejo de Seguridad que autorizara el uso de la fuerza para impedir que las autoridades irakíes siguieran incumpliendo dicha resolución. Allí tropezó nuevamente con la oposición de varios miembros que se inclinaban por dar más tiempo a las inspecciones y proseguir las tratativas diplomáticas.

Convencido de que el Consejo no haría lugar a su reclamo, a pesar de su insistencia y de las pruebas que ofreció para demostrar que realmente contaba con armas químicas y biológicas, Bush logró el apoyo de un grupo de países para invadir Irak, derrocar al gobierno de Sadam Hussein y destruir los arsenales de armas prohibidas. En marzo de 2003, prescindiendo de las Naciones Unidas, la coalición inició el ataque, sin encontrar mayor resistencia. La reacción de la opinión pública mundial fue abrumadoramente contraria. En Europa las opiniones estaban divididas, con Francia, Alemania y Rusia encabezando la oposición.

Al comienzo las fuerzas de la coalición fueron recibidas con gran júbilo. Pero la algarabía duró poco. La primera medida errónea de los ocupantes fue la disolución del ejército y la policía iraquíes, lo que dio origen a saqueos, desmanes y otros graves problemas que despertaron el descontento popular. Soldados norteamericanos tuvie-

ron que cumplir la ingrata tarea policial que debió haber sido dejada a los locales.

La intensa búsqueda de armas nucleares y otras armas de destrucción masiva se saldó con un total fracaso. Tampoco fue posible comprobar la presunta colaboración del régimen de Sadam con Al Qaeda. Muy por el contrario, se supo que el ejército de Irak, formado por sunnitas y principal sostén del gobierno, era un declarado enemigo de esa banda terrorista.

La administración Bush relegó pues al olvido todo ello y adujo, en cambio, que su presencia en Irak estaba dirigida a instalar la democracia para que sirviese de ejemplo a otros países de la región. Para quienes conocen el mundo árabe una total quimera. Por cierto quedó planeando la sospecha de que la invasión fue motorizada por el afán de contar con grandes fuentes adicionales de energía y de establecer un poderoso asentamiento militar desde donde operar en un área de gran valor estratégico. No sin superar innumerables dificultades, después de 3 años de ocupación apenas se logró formar un gobierno democráticamente elegido, pero débil y vacilante, que se muestra impotente para dominar la caótica situación reinante. En cuanto al prófugo Sadam Hussein fue hallado oculto en un pozo, sometido a juicio y ejecutado.

A pesar del éxito militar se ha producido una larga y penosa posguerra que dura hasta la actualidad. El ejército ocupante ha sufrido una gran cantidad de bajas a manos de la resistencia iraquí y de fundamentalistas de todo el mundo que quieren combatir en la Jihad.

Cualquiera hayan sido las verdaderas intenciones que llevaron a la única superpotencia mundial a intentar esta aventura, lejos de haber alcanzado sus propósitos lo cierto es que un balance realista arroja resultados negativos que superan ampliamente los escasos logros alcanzados. Por lo pronto, Estados Unidos ha ganado una buena dosis de impopularidad y desprestigio a nivel internacional. Aliados tradicionales han debido apartarse de las políticas de la administración norteamericana. En las Naciones Unidas fue patente el rechazo

de una mayoría a la continua presencia de los contingentes militares extranjeros. Gran Bretaña, que ha sido el más firme sostén de Washington, ha debido reducir el número de sus tropas de los 30.000 que tenía al comienzo de la invasión a 5.000 en la actualidad por la presión hasta del mismo partido gobernante. En Estados Unidos, ante una creciente decepción, legisladores republicanos y demócratas, con gran ascendiente en el Congreso, han empezado a contemplar la eventualidad de un retiro de las fuerzas, a lo cual Bush se niega alegando que no quiere repetir la triste experiencia de Viet Nam.

Por mi parte, creo que se va a ese desenlace. Si no ahora, cuando un nuevo presidente ocupe la Casa Blanca. Querría equivocarme pero pienso que cuando ello ocurra Estados Unidos dejará detrás un país asolado por una guerra civil entre sunnitas y shiítas, con una fuerte intervención de intereses foráneos, sin haber aniquilado a Al Qaeda y habiendo perdido gran parte del ascendiente que pudo haber tenido para influir en la solución de los problemas del Medio Oriente. Y por si fuera poco, habiendo gastado sumas inmensas en el esfuerzo bélico y contribuido a un fuerte aumento en el precio del petróleo.

Como siempre en las relaciones internacionales, cuando se produce una crisis de tal magnitud no todos pierden. Del marasmo irakí algunos han salido ganando. El primero en la corta lista de beneficiados ha sido indudablemente Irán. Su peor enemigo, Sadam Hussein, fue depuesto y ajusticiado. La mayoría shiíta, que durante largo tiempo sufrió la opresión de la casta gobernante sunnita, ahora ejerce el poder en Bagdad y está en estrecha colaboración con el presidente iraní, Mahmud Ahmadinejad, y de la teocracia que lo controla. Ha conseguido así lo que no pudo en los ocho años de guerra con Irak.

Los crecientes ingresos del petróleo le han permitido a Teherán incursionar en otras áreas, alentando, financiando y proporcionando armamento a los terroristas de Hezbolá en el Líbano y a Hamas, en la franja de Gaza. Sin ningún recato, el mandamás iraní en

varias oportunidades ha declarado textualmente que Israel debe desaparecer de la faz de la tierra. Sus dichos adquieren gravedad cuando se los examinan a la luz de lo ocurrido recientemente en el sur del Líbano en que, con más de 4000 misiles de mediano alcance provistos por Irán, Hezbolá bombardeó varias poblaciones israelitas causando numerosas víctimas. Según ciertos analistas, en realidad, fue una guerra entre Irán e Israel, en la que el Hezbolá fue un simple intermediario.

Los hechos adquieren mayor trascendencia si se tiene en cuenta que el gobierno de Irán se ha lanzado a producir el ciclo nuclear completo, lo que equivale a decir, a contar con la tecnología que le permitirá producir armas nucleares en un futuro no lejano. De convertirse Irán en una potencia nuclear, dotada de misiles de un alcance cercano a los 4.000 kilómetros, nadie en el Medio Oriente puede sentirse en completa seguridad y, sobre todo, Israel.

Cierto es que todavía no está dicha la última palabra en este aspecto. Irán está jugando al gato y el ratón con el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Por un lado sostiene a trocha y mocha que le asiste todo el derecho de proseguir su desarrollo nuclear pero, cuando intuye que se le avecinan severas sanciones, da una marcha atrás táctica admitiendo que algunos inspectores del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) revisen ciertas instalaciones, no todas. Cuando los informes respectivos señalan que no se ha podido realizar una inspección adecuada, Irán vuelve a asumir una posición hostil. Lo cierto es que el Consejo no podrá imponer sanciones a menos que Rusia y China desistan de oponer sus vetos.

La posibilidad de que un Irán fundamentalista e impredecible llegue a tener armas nucleares, acoplado a su capacidad misilística, en rigor constituye una de las más serias amenazas para la paz mundial. Porque en caso de un ataque en el Medio Oriente se descarta que habría de inmediato una réplica devastadora del occidente. Se podrá argumentar que Irán está aprovechando la debilidad militar norteamericana por el desgaste de su incursión en Irak pero, cuida-

do, porque es justamente en esas instancias cuando Estados Unidos reacciona con más virulencia y con el respaldo de toda su gente. Así pues, un error de cálculo por parte de las autoridades iraníes puede precipitar una crisis de imprevisibles consecuencias.

Ya los aliados de Washington en la región le han hecho saber su alarma por las políticas de Ahmadinejad y sin tardanza la ayuda americana se materializó con el anuncio de que les otorgará más de 60.000 millones de dólares en armas y asistencia militar. Israel recibirá por valor de 30.000 millones, Egipto 13.000 y Arabia Saudita más los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Qatar, Bahrein y Omán, otros 20.000 millones. Tal vez percatándose de que había tirado demasiado la cuerda, Teherán negó tener las pretensiones que se le imputan y acusó a Bush de pretender propagar el miedo en el Medio Oriente *“para beneficiar a su industria bélica y mantener la superioridad de la potencia militar del régimen sionista usurpador”*.

Así están las cosas. Tal como temía Bush padre, con un Irak en total desorden desaparecería el único muro de contención que durante más de veinte años impidió las ambiciones expansionistas que los persas abrigan desde Darío. Irán se siente hoy el poder dominante y no va a cejar en acrecentar su poder. Pero a pesar de las ventajas obtenidas no todo es color de rosas. Si bien ahora nada tiene que temer de Irak, la situación caótica que allí reina puede muy bien contagiar la estabilidad iraní. Sin ir más lejos, los kurdos de Irak, que anhelan la autonomía y la independencia, pueden bregar por la unión con la minoría kurda de Irán, e incluso de Turquía, precipitando un problema de difícil solución.

Uno de los aspectos más relevantes de lo que está ocurriendo en el Medio Oriente es el aprovechamiento que Rusia ha hecho del atolladero en que está entrampado Estados Unidos. Sin duda, es la potencia que mejor ha sabido promover sus intereses y que más está siendo beneficiada. Desde la época zarista los dirigentes rusos se han involucrado siempre en los acontecimientos de una zona geopolítica que consideran dentro de su órbita.

Durante el régimen soviético fue notoria su participación en Egipto, con la financiación y construcción de la gigantesca represa de Aswan, que cambió radicalmente la estructura económica del país, al tiempo que suministraba al gobierno de Gamal Abdel Nasser aviones y tanques.

Ahora se le ha presentado a Rusia una gran oportunidad de recuperar en parte la posición que tuvo durante la Guerra Fría y que perdió con la implosión del imperio comunista. Bajo la conducción de Vladimir Putin, una diplomacia que se nutre de los sentimientos nacionalistas y el orgullo que en todos los tiempos ha tenido el pueblo ruso, ha vuelto a hacer sentir su influencia en esa región. Políticamente Rusia hace progresos pero tampoco es desdeñable su ganancia en el plano comercial, ya que se ha ubicado como el principal proveedor de armas del Hezbolá, como los misiles Katiusha y lanzadores de granadas anti-tanques que destruyeron buena parte de los vehículos blindados israelíes en el Líbano. Las ventas no se hacen directamente a los guerrilleros del Hezbolá –con los que Moscú prefiere no tener vínculos que comprometan su buena relación con Israel– sino a través de Irán, que compra, y de Siria, que las entrega a las milicias shiítas. Huelga señalar que también es abastecedor de material pesado a estos dos países y que, sin ir más lejos, está en parecidos tratos con Arabia Saudita y Egipto.

En materia nuclear, a la que Teherán asigna importancia estratégica, Rusia ha adquirido una posición de privilegio. No sólo evítandole sanciones en el Consejo de Seguridad sino, concretamente, con la construcción de la central de Bushehr a un costo de 800 millones de dólares y un contrato por otras seis plantas más.

Además de los considerables ingresos que obtiene, el Kremlin también saca rédito político porque se asegura que Irán y los estados árabes más radicalizados no van a criticar la inclemente persecución de los independentistas en Chechenia y tampoco fomentarán la subversión entre la cuantiosa población rusa musulmana.

En todos estos manejos Putin se ha preocupado de no dañar su vínculo con Israel, donde viven más de un millón de rusos. En ese sentido, junto con Estados Unidos, la Unión Europea y las Naciones Unidas, integra el llamado Cuarteto que promueve una solución negociada entre israelíes y palestinos. Es que como ha manifestado su canciller, Sergei Lavrov, *“Rusia ha retornado al mundo como una potencia vigorosa y es ahora una protagonista importante para restaurar un equilibrio en los asuntos mundiales, asegurando la estabilidad en lugar del caos”*. En buen romance eso quiere decir que no se podrá prescindir de ella para cualquier eventual solución a los problemas del Medio Oriente.

Precisamente, el justificado temor norteamericano a una bomba atómica iraní desencadenó una delicada tensión entre Estados Unidos y Rusia, en un episodio digno de los peores momentos de la Guerra Fría. En efecto, Bush anunció que para impedir cualquier ataque nuclear de Irán, Estados Unidos instalará un sistema de defensa antimisiles consistente en un radar de gran potencia en la República Checa y una batería de 10 misiles interceptores en Polonia.

El presidente ruso no tardó en responder. La lectura del Sr. Putin es otra. Sin hesitar asignó esa movida a un nuevo paso de la estrategia de Washington de controlar al máximo a la única potencia capaz de oponerse al unilateralismo que alienta la Casa Blanca. Según él, el objetivo no es Irán sino Rusia. Encuadra su razonamiento en el hecho de que, a pesar de la notable mejoría en la relación bilateral, Estados Unidos ha seguido impulsando la extensión de la OTAN hasta las fronteras mismas de su país. Y sabido es que desde las invasiones mongólicas hasta los 20 millones de muertos que le causó la agresión de la Alemania nazi y, por supuesto, sin olvidar a Napoleón, los rusos de todos los tiempos reaccionan siempre de la misma manera ante una amenaza a su seguridad nacional.

Pues bien, al anuncio de Bush siguió otro de Putin. Esta vez para informar que Moscú había probado con éxito un nuevo supermisil portador de múltiples cabezas nucleares, diseñado para superar

sistemas defensivos como el escudo norteamericano en Europa. Las certezas dadas por Estados Unidos de que la interpretación del mandatario ruso es equivocada y de que no tiene planes militares dirigidos contra Rusia no fueron suficientes. Los intercambios verbales continuaron sin que hasta ahora haya señales de que disminuye la tirantez.

A pesar de todo creo que no hay que alarmarse demasiado. Estos dos viejos antagonistas de la Guerra Fría tienen mucha experiencia en estos trances y saben muy bien hasta dónde pueden tensar una disputa y cuáles son los límites que no se deben sobrepasar. En apariencia se pelean pero simultáneamente sigue a todo vapor la primordial cooperación de ambos en la exploración del espacio.

En el análisis de quienes sacan buen partido de la crisis de Irak hay que mencionar a Egipto. Desde el principio de la historia, mucho antes que existieran cristianos y musulmanes, o que los árabes ocuparan su tierra, fue una pieza de gran gravitación en el mundo de entonces. Es evidente que lo sigue siendo todavía hoy. Por sus más de 82 millones de habitantes; su ubicación geográfica estratégica; el control del vital Canal de Suez; la convivencia armónica entre la mayoría musulmana y la minoría cristiana copta, por tener una clase dirigente educada y gobiernos pragmáticos que en las tres últimas décadas han implementado políticas que se han ganado la buena voluntad de tirios y troyanos, Egipto ejerce un poder auténtico y beneficioso para todo el Medio Oriente.

Hace casi 50 años, el “raís”, Gamal Abdel Nasser, intentó configurar una gran nación árabe, secular y socialista, llamándola República Árabe Unida. Concomitantemente Nasser procedió a un rearme acelerado de sus fuerzas armadas, con activa participación de la Unión Soviética.

En la Guerra de los Seis Días, en 1967, el pequeño Israel le propinó una tremenda paliza al Goliat egipcio, como corolario de la cual debió ceder íntegramente la península de Sinai. Al tratar de vengar esa afrenta en la Guerra del Yon Kipur, en 1973, sufrió un desas-

tre similar que, en el fondo, tuvo un efecto beneficioso por cuanto lo llevó a reconciliarse con la realidad. Y fue así que cinco años más tarde, el presidente Mohamed Anwar El-Sadat tuvo el coraje de ir a Tel Aviv para suscribir en persona un tratado de paz con Israel que, entre otras cosas, le permitió recuperar los territorios perdidos. Desde entonces Egipto e Israel mantienen relaciones diplomáticas normales. Sadat pagó con su vida esa cuota de realismo político: en un desfile militar un soldado se apartó de sus filas para disparar una ráfaga de ametralladora contra el palco en que se encontraba presenciando el evento.

Mohamed Osni Mubarak , que lo reemplazó en la presidencia en 1981 y que está cumpliendo su quinto mandato, ha proseguido una política exterior moderada que le ha permitido ocupar un lugar de privilegio en sus relaciones con las potencias centrales como asimismo con los demás estados árabes, entre los que ha jugado el papel de mediador para resolver ciertas disputas. En esa línea de conducta ahora procura influir para que israelíes y palestinos puedan concertar un acuerdo viable que desemboque en la creación de un estado palestino. Cuenta para ello con una llave muy efectiva, ya que controla las vías terrestres de acceso a la Franja de Gaza que fácilmente puede clausurar si Hamas persiste en una actitud intransigente.

Pakistán no es inmune a los eventos del Medio Oriente. En Afganistán ha sido un socio inestimable de Estados Unidos y de las fuerzas internacionales que le dan caza a los talibanes y buscan afanosamente en las montañas de difícil acceso las guaridas de Al Qaeda. En Islamabad y otras ciudades pakistaníes los servicios de seguridad han detenido muchos acusados de terrorismo. Para el presidente Pervéz Musharaf la imputación de terrorismo tiene un significado específico. Se trata de fundamentalistas que quieren derribar su gobierno para distanciarse de las potencias occidentales y apoyar a los que combaten a las tropas de ocupación en Irak. No se puede pasar por alto las pésimas perspectivas que ello acarrearía. Un Pakistán poseedor de armas nucleares, enemigo histórico de la India –tam-

bién nuclear– y decidido a intervenir del lado de los extremistas en la región, no augura nada bueno, para decir lo menos. Hasta ahora Musharaf, secundado por las fuerzas armadas, se las ha arreglado para neutralizar esa contingencia pero nadie sabe hasta cuándo puede durar esa inestable situación.

En el tablero político que estamos examinando Turquía constituye una pieza fundamental. Tiene un pie en Europa y otro en el Asia menor y fronteras comunes con Irán, Irak y Siria. Además, controla el estrecho de los Dardanelos, que une el mar Negro y el Mediterráneo. Con poderosas y bien entrenadas fuerzas armadas, es un aliado de singular importancia para la OTAN.

Durante el Imperio Otomano dominó casi todo el Medio Oriente que, por supuesto, conoce muy bien. Ello no obstante, Mustafá Kemal Atatürk, fundador en 1923 de la moderna república turca, no estimó conveniente para su país enredarse en la complicada madeja medio oriental. Esta política fue respetada hasta 1990 en que, para consolidar un acercamiento con Estados Unidos y apuntalar las sanciones aplicadas por las Naciones Unidas, formó parte de la coalición que confrontó a Irak por su invasión y anexión de Kuwait.

Esa colaboración en la Guerra del Golfo le costó bastante a Ankara. Para desquitarse, Sadam desató una feroz persecución contra la minoría kurda que tuvo que escapar a Turquía como así también a Irán y, en menor escala a Siria, países que igualmente tienen problemas con sus respectivas comunidades kurdas, que claman por la autonomía e independencia.

Desde la creación de la república, Turquía tuvo buenas relaciones con Irán pero esos lazos se vieron perturbados cuando los ayatollas reemplazaron al Sha con la revolución de 1979 e implantaron una teocracia que repetidamente ha exhortado a los musulmanes a resistir a los maléficos gobiernos laicos, como el turco. Teherán tampoco ha ahorrado epítetos para enjuiciar a Turquía por ser miembro de la OTAN. Ankara, a su vez, sospecha que los acaudalados iraníes

están haciendo una propaganda solapada para que abandone el régimen secular de gobierno.

No sé si es imputable a ellos o si se trata de una evolución de su pueblo, lo real y concreto es que en las elecciones del 22 de julio de este año, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AK), que sostiene el islamismo, en una votación a la que concurrió el 85% de los electores, récord histórico, obtuvo el 46,6% de los sufragios y, por ende, la posibilidad de formar gobierno con mayoría propia en el parlamento. Los dos partidos seculares de oposición, sumados estuvieron más de diez puntos por debajo de la fuerza islamista. AK triunfó en la totalidad de las 81 provincias turcas, incluidas las siete con mayoría kurda.

Así fue como el pasado 28 de agosto, con el voto de 339 de sus 550 diputados, el parlamento turco, por primera vez desde Atatürk, eligió presidente a Abdullah Gul, un islamista practicante que pertenece al AK, el mismo del primer ministro Erdogan. Vale decir que los dos más altos cargos ejecutivos están ahora en manos de sendos musulmanes que, aun cuando se declaran “moderados” y se comprometen a respetar los cimientos y principios de la república secular, ya despiertan serios reparos entre los defensores del laicismo. Encabezando esta corriente opositora se hallan nada menos que las fuerzas armadas, que se consideran los guardianes del laicismo y que en cuatro oportunidades derrocaron a otros tantos presidentes.

Para hacer patente su descontento, ninguno de los jefes militares se hizo presente en la ceremonia de asunción del mando. Además, han hecho saber que no admitirán la presencia de la señora de Gul en los actos castrenses si usa el velo islámico, prohibido en los eventos oficiales. La situación no es muy alentadora. En su descargo, el flamante presidente afirma que si bien cumple con los ritos de su religión, para nada piensa establecerlos en la conducción del estado. Además se escuda en que por todos los medios tratará de que Turquía sea admitida en la Unión Europea a la brevedad.

Aparentemente la elección de Gul ha contado con el beneplácito de Estados Unidos y otros aliados europeos que lo saludaron con efusivos mensajes de felicitación. Veremos si obedecieron a simples normas de cortesía o si realmente han cambiado de parecer. Porque hasta ahora, una de las principales objeciones al ingreso de Turquía ha radicado en el hecho de que muchos miembros de la UE no quieren ver acrecentada la cantidad de musulmanes que tendrían la libertad de entrar y asentarse en cualquier lugar de Europa.

Por haber secundado desde el comienzo los planes del presidente Bush para invadir Irak y haber contribuido con un número sustancial de tropas en esa campaña, Gran Bretaña debió soportar actos terroristas inspirados y ejecutados por fundamentalistas islámicos. Para peor, los autores de los últimos atentados fueron ingleses nativos y no agentes importados, lo que está indicando a las claras que la cuestión es mucho más grave dado que se cuentan en millones los musulmanes de segunda y hasta tercera generación nacidos en las islas británicas. En ese contexto me viene a la memoria una manifestación que presencié en Londres, hace ya cuarenta años, en la que miles de inmigrantes provenientes de las ex colonias protestaban por prácticas que consideraban discriminatorias en perjuicio de sus creencias religiosas. Uno de ellos llevaba una pancarta que lo decía todo en siete palabras: “We are here because you were there” (Estamos aquí porque ustedes estuvieron allá). Era a la vez un reproche al colonialismo y una reafirmación de derechos adquiridos.

Lo cierto es que ya son varios los hechos terroristas que han causado muchas víctimas mortales y que el Reino Unido figura entre los países más vulnerables a sufrir atentados por su participación en la guerra de Irak, según surge de un informe del Centro de Investigación de los Mercados Mundiales.

En España ocurrió algo parecido. En la estación de trenes de Atocha, en Madrid, un atentado dejó un tendal de muertos y heridos y causó grandes daños. El gobierno del Partido Popular de José María Aznar lo atribuyó a la organización vasca ETA pero resultó que

fue obra de Al Qaeda en represalia por la intervención española en Irak. Días después Mariano Rajoy, candidato de Aznar, perdió las elecciones generales y el PSOE de Rodríguez Zapatero asumió el poder, tras lo cual repatrió la mayor parte de las fuerzas que mantenía en ese devastado país.

En Francia el Islam es la segunda religión, con cinco millones de musulmanes, casi todos provenientes de las ex colonias árabes del norte de África y sus descendientes. Además tiene una tasa de natalidad muy superior al resto de la población con lo que, con el transcurso del tiempo, irá aumentando su proporción en relación a los demás franceses. No obstante ese cuantioso ingrediente islámico, en el país galo no se han registrado atentados terroristas como consecuencia de la intervención extranjera en Irak, tal vez porque Francia fue la potencia que más se enfrentó con Estados Unidos en total desacuerdo con la invasión.

Según una encuesta el 81% de los musulmanes en el Reino Unido se consideran primero musulmanes y solo el 7% dice ser primero británicos. Alemania y España arrojan cifras parecidas pero en Francia la proporción es a la inversa: únicamente un 42% antepone su condición de musulmán debido, probablemente, a una mejor y más activa política de integración étnica.

De todos modos es obvio que lo que pasa en el Medio Oriente seguirá teniendo importantes repercusiones en Europa. En un discurso pronunciado hace un par de semanas por el presidente de Francia, Nicolás Sarkozy, tuvo conceptos que bien vale la pena reproducir. Dijo: *“Tenemos por delante un primer desafío: como prevenir una confrontación entre el Islam y el Occidente, anhelada por grupos extremistas, como Al Qaeda, que sueñan con instaurar, desde Indonesia hasta Nigeria, un califato que rechace toda apertura, toda modernidad, toda idea misma de diversidad. Si estas fuerzas llegasen a alcanzar su siniestro objetivo, no hay duda que este siglo sería todavía peor que el anterior, que estuvo marcado por un enfrentamiento sin piedad entre ideologías.”*

A la luz del descubrimiento en Alemania de una cantidad enorme de explosivos, que de haber sido detonados hubieran causado un panorama desolador de muerte y destrucción y que por el fallido atentado han sido detenidos dos alemanes convertidos al islamismo y un turco musulmán, desgraciadamente todo induce a pensar que bien se puede arribar a la situación que prevé el Sr. Sarkozy.

Ningún estudio sobre el Medio Oriente puede prescindir de examinar el punto focal alrededor del cual han girado los acontecimientos bélicos desde 1948 hasta el día de hoy. Me refiero, ya lo habrán imaginado, al Estado de Israel, que ese año nació a la vida independiente. No es para nada exagerado afirmar que a partir de ese mismo momento hasta ahora, ha pasado toda su existencia en conflictos con uno u otro de los vecinos árabes que lo rodean, lo acechan y que, en una proporción de 20 a 1, lo superan en población. Pero no se puede encarar el examen del estado judío sin también indagar lo que ocurre en el Líbano, Siria y los palestinos de la Franja de Gaza y Cisjordania. Es un conjunto de problemas que están indisolublemente relacionados.

Israel, la única verdadera democracia en la región, carga con la mochila de ser el aliado esencial de Estados Unidos, lo cual, como un imán, concita las iras de sus enemigos. Pero al mismo tiempo, esa mochila, es la mejor garantía de su seguridad. Sin ella, otro podría ser su destino. Es mucho lo que se puede agregar al respecto porque el tema requiere y merece un examen en profundidad. Por eso creo que dada su trascendencia, interés y extensión debe ser considerado, integral y separadamente, en otra oportunidad. Así que agradeciéndoles a todos la atención que me han dispensado pongo aquí punto final.